

Nacionalismo y populismo, dos interpretaciones distintas de una experiencia única

Ignacio Sosa*

En este texto se sostiene que el discurso de los científicos sociales, orientado hacia la explicación de los procesos de transición democrática, prescinde en forma sistemática del análisis del transcurso histórico que vivieron las sociedades industriales para arribar al desarrollo. También se analiza el significado de la tesis sobre la difusión de la democracia y los problemas de la aplicación ahistórica del método comparativo. Por último, se revisa la propuesta del discurso utilizado hoy día sobre los mecanismos que las sociedades atrasadas deben emplear para lograr su democratización.

Clifford Geertz en su artículo "Géneros confusos: la refiguración del pensamiento social", planteaba la certeza de que la enorme mezcla de géneros en la vida intelectual contemporánea continuaría produciéndose; asimismo afirmaba que "muchos científicos sociales han renunciado a un ideal de explicación basado en leyes y ejemplos para asumir otro basado en casos e interpretaciones".¹ Las tenden-

* Profesor de la F. de Filosofía y Letras, UNAM.

¹ Clifford Geertz. *Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas*: Paidós, Barcelona, 1994, p. 31.

cias apuntadas por Geertz expresan las tensiones, al interior de las ciencias sociales, derivadas del incumplimiento de las leyes del desarrollo, así como de su fracaso predictivo.

El objetivo de este artículo es mostrar las contradicciones existentes entre el esquematismo de las propuestas y supuestos del paradigma del desarrollo, modernización, y su contraparte, el atraso, vigentes en nuestro medio en las décadas de los años sesenta y setenta, y la realidad de la cultura política mexicana. Para ello se emplea lo que en esos años se denominó cultura cívica, es decir, el intento sistemático de superar la dicotomía modernidad-atraso.² También se estudian los conflictos teóricos derivados de la perspectiva de los analistas políticos occidentales contemporáneos, quienes señalaban que sólo existía una única vía de desarrollo político, liberal, individualista, y que ésta sigue hoy día un rumbo distinto a la que ella misma siguió para conformarse en los países donde surgió. La crítica al "populismo", como si no hubiese existido previamente la experiencia cultural del nacionalismo fue ejercida con exceso, a tal grado que en ese periodo se identificó, en la literatura de las ciencias sociales, nacionalismo y populismo sin estudiar sus profundas diferencias.³

² Se adopta la siguiente y bien conocida definición de cultura cívica: "Cultura ni tradicional ni moderna sino partícipe de ambas, cultural plural basada en la comunicación y en la persuasión, cultura que permite el cambio pero lo modera", Gabriel A. Almond y Sidney Verba. *The civic culture. Political attitudes and democracy in five nations*: Princeton University Press, Nueva Jersey, 1963, p. 8.

Por cultura política se entienden "las orientaciones específicamente políticas, a las actitudes ante el sistema político y sus varias partes, así como a las actitudes hacia la función del yo en el sistema. Se habla de cultura política del mismo modo como se puede hablar de una cultura económica o de una cultura religiosa. Es un conjunto de orientaciones referidas a un conjunto de objetos y procesos sociales". *Ibidem*, p. 13.

La anterior definición no es única, ya que también se maneja "cultura política" como "la visión política que busca en la cultura el núcleo de la nacionalidad, que hace de la realización y del incentivo a los bienes culturales una actividad preferente del Estado producida por el Estado Novo fue el modelo mejor estructurado de las relaciones existentes entre la cultura y la política en la historia del Brasil... explicó el pasado y el presente, dio orientación a los ciudadanos y confirió legitimidad al sistema político", Lucia Lippi Oliveira. "Vargas y los intelectuales", en: María Celina D'Áraujo. *La era de Vargas*: FCE, México, 1998, p. 132.

³ Debe recordarse la seminal influencia de la reunión de expertos convocada por la revista *Government and Opposition*, celebrada en Londres en 1967. Algunos de los textos fueron publicados en inglés dos años más tarde bajo el título *Populism. Its Meanings and National Characteristics*. La versión

En los años sesenta, cuando en Inglaterra se discutía sobre las vías que estaban siguiendo los países que todavía en años recientes habían sido sus colonias, en Estados Unidos la agenda se planteaba en términos de por qué no se habían adoptado los valores de la cultura política, entendida ésta como síntesis de la modernización, los valores del individualismo, los partidos políticos y los medios de comunicación. Tanto los académicos ingleses como los estadounidenses compartían la idea de que la única vía de desarrollo era la liberal democrática.

En los considerandos mencionados, atrás quedaron las vías de la revolución y de la soberanía nacional para lograr el desarrollo. En las actuales condiciones, afirmaban los teóricos de la modernidad, el tránsito del atraso al desarrollo sólo sería posible si se adoptaban los supuestos y las instituciones de las democracias occidentales.

Esa propuesta se fundamentaba en el principio, ahistórico, que partía del supuesto de que las condiciones impuestas por los países modernos, democráticos, industrializados, en una palabra, desarrollados, permitían soluciones inéditas al viejo problema de cómo superar el atraso. Asimismo partía del supuesto que las vías nacionales para

castellana apareció en 1970. La ficha de este texto es Ionescu & Gellner (comp.). *Populismo: Amorrortu*, Buenos Aires, 1970. No es casual que en la traducción castellana se haya obviado la mención a las perspectivas nacionales. La numerosa bibliografía latinoamericana sobre este tema es deudora, en muchos sentidos, de ese trabajo pionero.

La cultura política propuesta por la cultura cívica, en el contexto de los años de la Guerra Fría, contenía una crítica implícita a las experiencias autoritarias del comunismo. Este, en el caso mexicano, no tenía relevancia alguna; lo significativo en nuestro país era la experiencia del nacionalismo, éste por exigencias políticas a la academia, años más tarde fue adjetivada como populismo, sin embargo, en los casos estudiados es difícil distinguir las diferencias entre ambas experiencias. La crítica al nacionalismo y al populismo, en la década de los años sesenta, se realizó desde la perspectiva de los futuros triunfadores de la historia, los marxistas y los liberales. Éstos y aquéllos, convencidos por igual de que su verdad era la única que, a la postre, se impondría y perduraría sobre la ideología rival se unieron para denostar, desde sus distintas perspectivas teóricas al fenómeno nacionalista-populista.

La crítica prescindió del elemento histórico, de las circunstancias, del contexto que explicaba al nacionalismo, le daba sentido. La experiencia comunista en la Unión Soviética y la nacionalista mexicana tenían como objetivo superar, burlar, evitar los excesos, la influencia negativa de la modernización forzosa impuesta por Inglaterra, Francia y Estados Unidos tanto a México como a la Unión Soviética. "Populismo", en cambio, se empleó para descalificar aquellas experiencias que pretendían mantenerse al margen del capitalismo y del socialismo.

alcanzar al desarrollo habían perdido su sentido, puesto que el desarrollo había entrado en un cauce global de democratización única.

Acostumbrados a que el totalitarismo era referido principalmente a las experiencias ocurridas en la Alemania de Hitler, la URSS de Stalin y la Italia de Mussolini, se olvidó que existían acepciones diferentes. Una de éstas es la que Richard Lówentahl, intelectual de la socialdemocracia alemana, quien señalaba que la estabilidad política de las democracias suponía una cierta forma de cultura política, misma que se enfrentaba a un dilema: un cuerno del dilema, afirmaba, es el "peligro del totalitarismo", a saber: el intento de postular un conocimiento "científico" sobre el curso de la historia, la "correcta comprensión del bienestar político y las estrategias de su realización" y hacer del conocimiento así adquirido la base para la actividad política".⁴

La tentación de suponer que se conocía el curso que seguirá la historia era un rasgo que muchos científicos sociales y varios tecnócratas compartían, hoy lo siguen haciendo, con los regímenes totalitarios de la primera mitad del siglo XX. De este hipotético conocimiento se desprendía otro rasgo compartido igualmente por tecnócratas y totalitarios, es decir, la imposición de políticas orientadas al aceleramiento de los cambios previstos, sin importar la opinión de aquéllos que los van a sufrir.

La administración estatista de problemas sociales, habitualmente despejada de las experiencias, formas de acción y valores de la base social, se ve enmarañada en el problema de que nunca podrá estar segura de que sus soluciones a los problemas se experimentarán y aceptarán como tales por aquellos a quienes afectan. Todo acto de modernización no tiene sólo el aspecto positivo de la mejora; se encuentra también marcado a menudo por el aspecto igualmente ambivalente de reestructurar condiciones vitales mediante interferencia e inmiscusión brutal e irritante. Los ciudadanos hacen frente a nuevas circunstancias, cuya utilidad o contribución a una 'calidad de vida mejorada' sólo podría hacerse manifiesta si los resultados de reestructurar estuviesen explícitamente guiados por normas de cultura política.⁵

¿Cuáles son nuestras normas de cultura política? ¿Cómo surgieron? ¿Cómo se han definido? ¿Corresponden a los parámetros establecidos por la cultura cívica? Sin

⁴ Claus Offe. *Contradicciones en el Estado de Bienestar*. Conaculta/Alianza, México, 1991, p. 210.

⁵ *Ibidem*, p. 216.

una respuesta adecuada a las anteriores interrogantes, no es posible entender los códigos imperantes. Una de sus características es la doble moral, la distinción entre lo que establece la norma legal y la forma en que se manipula ésta en la práctica cotidiana, entre los supuestos del país formal y los del país real. Este código es sistemáticamente aplicado por el ciudadano común como la piedra angular de la interpretación correcta de los fenómenos políticos.

Otra característica de esta cultura política se refiere a las actitudes de los gobernados hacia sus gobernantes, así como las de éstos hacia aquéllos. La cultura política mexicana no es una vía de doble circulación en la que existe una relación biunívoca entre gobernantes y gobernados. La cultura cívica, es decir democrática, pone énfasis en las opiniones del ciudadano sobre su sistema político. La cultura política del autoritarismo, por el contrario, privilegia la opinión del dirigente; por esa razón lo que plantea Lówenthal puede aplicarse al caso mexicano. En los procesos de transición democrática se plantea la necesidad de establecer los fundamentos de una nueva cultura que modifique los resabios del autoritarismo. Hablar de transición democrática implica una transformación radical en las prácticas, actitudes y valores característicos de la cultura política tal como ésta es entendida por el ciudadano común.

El objetivo que persiguen las normas de la cultura política es el del mejoramiento de las formas de convivencia entre los ciudadanos, así como entre éstos y sus gobernantes. Las normas políticas, por otra parte, para poder ser comprendidas deben ofrecer una visión coherente entre el pasado, el presente y el futuro de la sociedad. La norma abstracta no puede despertar ninguna actitud de los ciudadanos. Éstas requieren de representaciones, símbolos, así como de la explicación de un contexto histórico en el que éstos se expliquen, adquieran sentido.

La revalorización del pasado, el compromiso con el presente, las expectativas del futuro

La importancia de la cultura política, en particular en su forma de cultura cívica, ha sido considerada desde la década de los años sesenta como instrumento importante para alcanzar el desarrollo socioeconómico y lograr la estabilidad del sistema democrático. Asimismo la difusión de la cultura cívica ha sido ponderada como elemento fundamental para la modernización. Como contraparte, la ausencia de esa misma

cultura ha sido vista como factor de inestabilidad y, en consecuencia, como obstáculo para el desarrollo.

Las ciencias sociales, desde la década mencionada hasta la actualidad han atendido principalmente el problema de la modernización, del desarrollo, dentro del cual se inscribe el de la cultura cívica, y han elaborado un amplio bagaje de explicaciones sobre cómo se alcanzó éste en las sociedades industriales, y cómo y qué debieran modificar las sociedades tradicionales para alcanzar el mismo objetivo. El cambio, su profundidad, el ritmo, los intereses afectados, fueron algunos de los tópicos preferidos de los científicos sociales que estudian la modernidad y sus efectos.

La metáfora empleada para describir al modelo político vigente en la actualidad se refiere a las olas de la democratización. O'Donnell y Huntington comparten tesis semejantes. Para éste la tercera ola, el tercer empuje de la occidentalización democrática se inició desde 1974. Para el grupo de O'Donnell, la fecha es semejante. Para ambos, la occidentalización afectaba a aquellos países que como los del mar Mediterráneo habían quedado al margen de la Europa Occidental. En otras palabras, en la agenda actual de los politólogos se encuentra el estudio de la forma en la que los bastiones de la tradición y del autoritarismo adoptan, finalmente, los valores de la democracia.

El modelo de la transición democrática supone que, en la actual etapa de desarrollo, los regímenes políticos autoritarios pueden, y deben, transitar hacia la democracia *sin pasar* por la revolución y *sin pasar* por la etapa del nacionalismo característico del Estado-Nación que correspondió a una etapa de los países modernos.

Ambas etapas, revolución y nacionalismo, históricamente importantes para todos los países que alcanzaron el desarrollo son, ahora, consideradas como anomalías debido a las modificaciones que los países desarrollados han impuesto al resto de las sociedades.

La revolución como mecanismo para abatir al Antiguo Régimen y el nacionalismo como instrumento para imponer la soberanía popular y la soberanía nacional, corresponden a una etapa previa a la actual y han sido estudiados como elementos que explican el avance político y social de Occidente en los siglos precedentes.

La noción de desarrollo, o de su versión actualizada, el globalismo, es la versión contemporánea de la vieja polémica que, en el discurso de las ciencias sociales, se ha venido dando en los dos últimos siglos sobre si el progreso, la evolución, el desarrollo tienen, como apuntan los etnocentristas, un sentido único, lineal, gradualista, que

comprende a las sociedades en su totalidad o si, por el contrario, como lo señalaba Herder, ya hace poco más de dos siglos es un proceso más complejo:

jamás se me habría ocurrido [...] que las pocas palabras alegóricas: infancia, juventud, edad viril, avanzada, de nuestro género, cuya prosecución no se aplicaba ni era aplicable más que a unos pocos pueblos en la tierra hubieran de servir para trazar una gran ruta con que pisando tierra firme pudiera medirse siquiera la historia de la cultura y menos aún la filosofía de toda la historia de la humanidad. ¿Qué pueblo hay en la tierra que no tenga cultura propia? ¿No resultaría demasiado angosto el plan de la Providencia si todo el individuo del género humano hubiese sido creado para lo que nosotros calificamos de cultura y que a menudo no es más que refinada debilidad? Nada más indeterminado que esta palabra, nada más capcioso que su aplicación a pueblos y épocas enteros.⁶

Sin embargo, la reserva de Herder fue menospreciada en la etapa en la que la noción de desarrollo era el paradigma vigente en las ciencias sociales; y la noción de desarrollo universal, elevada a rasgo distintivo de la historia contemporánea, se aplicó en forma indiscriminada a todas las sociedades.

El esquema evolutivo aplicado al género humano, sus etapas graduales, su proceso progresivo, originalmente planteado como continuo, que va de la barbarie a la civilización y, en la segunda mitad del siglo XX, redefinido como atraso-modernidad, planteó severos problemas para la interpretación de la cultura y la historia, de aquellas sociedades que no correspondían al pequeño núcleo de naciones del que hablaba Herder o, en términos actuales, al núcleo de las naciones industriales, modernas, desarrolladas.

A principios de los años sesenta la polémica entre universalismo y nacionalismo parecía totalmente zanjada a favor del primero. La dominante y difundida noción de desarrollo arrasó con las diferencias existentes entre las distintas culturas y la diferente geografía.

El proceso mencionado se generó de la siguiente manera; primero se construyó el paradigma tradición-modernidad, se le añadió el individualismo benthamniano y

⁶ Von J. G. Herder. *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*: Losada, Buenos Aires, 1959, p. 9.

posteriormente se le proyectó, con el objetivo de compararlo, sobre otras visiones del mundo y de la sociedad. El resultado de la "comparación" era conocido con antelación; lo diferente se clasificó como tradición y lo semejante como transición a la modernidad o modernización.

En las últimas generaciones, 'modernidad' se ha venido utilizando muy ampliamente para describir las características comunes a los países más avanzados en el desarrollo tecnológico, político, económico y social, y 'modernización' para calificar el proceso de adquisición de tales características.⁷

Empero, la modernidad sólo correspondía a un pequeño grupo de naciones, las específicamente modernas; a las otras, a las no modernas, les correspondía vivir una etapa de aceleración para poder alcanzar a las primeras.

'Modernización' no es la única palabra para describir el proceso. 'Europeización' y 'occidentalización' se emplean en este sentido general, particularmente para calificar el impacto en los tiempos recientes de los países más avanzados sobre los menos avanzados⁸

Enunciar el paradigma fue tarea fácil; difícil fue, en cambio, su aplicación. Ésta provocó varios problemas, porque una cosa es el estudio de la modernidad, las características de las sociedades avanzadas y otra, muy distinta, es el análisis del impacto de la modernidad sobre las sociedades atrasadas. Otro tipo de problema correspondió a la transición o transiciones; a los mecanismos utilizados por las sociedades atrasadas para arribar a la modernidad. Desde la perspectiva occidental este impulso sería el de modernización, pero desde la perspectiva de los así llamados países atrasados sería la búsqueda de la soberanía nacional, es decir, el conjunto de tareas que eran consideradas necesarias para alcanzar la igualdad con las naciones modernas, industriales.

Para el estudio de este problema el auxilio que pueden; prestar las ciencias sociales no resulta de mucha ayuda, ya que, como sostiene Giddens, éstas tienen otro objetivo;

⁷ Cyril E. Black. "La dinámica de la modernización: un repaso general", en: Robert Nisbet, Thomas S. Kuhn y Lynn White, *et al. Cambio social: Alianza Universidad, Madrid, 1979, p. 231.*

⁸ *Idem.*

no entiendo por 'sociología' una disciplina genérica aplicada al estudio de las sociedades humanas como un todo, sino la rama de la ciencia social que estudia en particular las sociedades 'avanzadas' o modernas.⁹

La pregunta que se le puede hacer a Giddens es qué disciplina se ocupa de las sociedades atrasadas o premodernas. Él responde así:

Si la ciencia social no es ni puede ser la historia del presente, y si no se ocupa ni se puede ocupar simplemente de generalizaciones desgajadas de un tiempo y de un lugar, ¿qué distingue la ciencia social de la historia? Creo que debemos responder, como lo hizo Durkheim (aunque él haya seguido una línea de razonamiento diferente para llegar a este resultado): nada; a saber: nada que sea conceptualmente coherente e intelectualmente defendible.¹⁰

En la anterior cita se percibe que el énfasis metodológico no da respuesta al asunto que más interesa a los miembros de las sociedades atrasadas, esto es, ¿quién se ocupa del atraso?

El ejercicio de comparar entre sí a los países más avanzados fue, lo sigue siendo, conocido como método comparativo. La crítica que aquí se intenta realizar no se orienta al método comparativo, sus alcances, sus posibles fallas, y sí al supuesto fundamental en el que éste descansa: el paradigma del desarrollo.

Modernidad, desarrollo, industrialización: tres etapas de un proceso único

Se destaca el hecho de que la Guerra Fría y la imposición del modelo estadounidense de ciencias sociales fueron fenómenos simultáneos y que, la suma de ambos, articulaba una visión "científica" e ideológica que explicaba el orden emergente des-

⁹ Anthony Giddens. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, 1995 p. 19.

¹⁰ *Ibidem*, p. 380.

no entiendo por 'sociología' una disciplina genérica aplicada al estudio de las sociedades humanas como un todo, sino la rama de la ciencia social que estudia en particular las sociedades 'avanzadas' o modernas.⁹

La pregunta que se le puede hacer a Giddens es qué disciplina se ocupa de las sociedades atrasadas o premodernas. Él responde así:

Si la ciencia social no es ni puede ser la historia del presente, y si no se ocupa ni se puede ocupar simplemente de generalizaciones desgajadas de un tiempo y de un lugar, ¿qué distingue la ciencia social de la historia? Creo que debemos responder, como lo hizo Durkheim (aunque él haya seguido una línea de razonamiento diferente para llegar a este resultado): nada; a saber: nada que sea conceptualmente coherente e intelectualmente defendible.¹⁰

En la anterior cita se percibe que el énfasis metodológico no da respuesta al asunto que más interesa a los miembros de las sociedades atrasadas, esto es, ¿quién se ocupa del atraso?

El ejercicio de comparar entre sí a los países más avanzados fue, lo sigue siendo, conocido como método comparativo. La crítica que aquí se intenta realizar no se orienta al método comparativo, sus alcances, sus posibles fallas, y sí al supuesto fundamental en el que éste descansa: el paradigma del desarrollo.

Modernidad, desarrollo, industrialización:
tres etapas de un proceso único

Se destaca el hecho de que la Guerra Fría y la imposición del modelo estadounidense de ciencias sociales fueron fenómenos simultáneos y que, la suma de ambos, articulaba una visión "científica" e ideológica que explicaba el orden emergente des-

⁹ Anthony Giddens. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, 1995 p. 19.

¹⁰ *Ibidem*, p. 380.

vinculándolo de referencias al pretérito. El nuevo orden sólo se responsabilizaba de los sucesos posteriores a su aparición.

Cuando la sociología americana inició su marcha triunfal por el mundo una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, no hacía mucho tiempo que ella misma había pasado su propio punto de inflexión histórico. La combinación de Lazarsfeld y Merton, como se denominó al método sociológico después de ese punto de inflexión (Shills:1970), combinaba una sofisticada investigación social empírica de orientación cuantitativa con una teoría estructural-funcionalista desvinculada de su contexto y orígenes histórico-filosóficos y reducida a una aplicación de alcance medio¹¹

Esta teoría pretendía prescindir de los valores en el análisis de los fenómenos estudiados, intentaba escapar de la carga ideológica inherente a la explicación de contextos. ¿Este propósito era realizable o era una mera declaración de principios?

La sociología estadounidense estableció de hecho un corte profundo entre pasado y presente, y la explicación del primero se convirtió en un asunto sin interés para las ciencias sociales. A éstas sólo les interesaba explicar el presente, la modernización ya, en acto. Lo que quedaba atrás del hoy era asunto irrelevante. El análisis del totalitarismo, es decir, del fascismo y del comunismo, recibió toda la atención que no se prestaba a las experiencias del mundo asiático y africano que se descolonizaban. La experiencia nacionalista mexicana, por otra parte, quedó así en un cono de sombra.

El rasgo distintivo de la época contemporánea es la creencia de que todos los procesos históricos, por vez primera, se han sintetizado en uno solo y que, por vez primera en la historia, todo lo que ocurre es simultáneo. Para los estudiosos de la sociedad contemporánea no existen múltiples vías, no existen procesos independientes ni paralelos. El tejido histórico de la contemporaneidad todo lo incluye, todo lo hace presente, lo lejano y lo cercano, lo propio y lo extraño.

La occidentalización, entendida ya como imposición; ya como difusión del fenómeno caracterizado por la suma de ciencia, tecnología, capital y democracia, tiene una indudable matriz europea. Su universalización, la globalización de esa experiencia ya mediante la adopción; ya mediante la imposición es, indudablemente, el

¹¹ Hans Joas, "Interaccionismo simbólico", en: Giddens, Turner, *et al.* *La teoría social hoy:* Conaculta/Alianza Editorial, México, 1991, p. 112.

fenómeno cultural, económico y político más importante de los dos últimos siglos. Sus efectos han modificado la vida y el desarrollo de todas las sociedades a tal punto que la única división perdurable del mundo se refiere al atraso y al desarrollo.

Las ciencias sociales estudian las características del mundo moderno, industrial, y con éstas pretenden explicar, simultáneamente, los rasgos del mundo no moderno, tradicional. Es una paradoja que, partiendo del supuesto de una evolución de las sociedades, pretendan ahora que es posible una vía de desarrollo distinta a la que siguieron en su evolución las sociedades industriales. La tesis del desarrollo único no explica en forma satisfactoria por qué, en la actualidad, sus etapas siguen una sucesión diferente a la de las sociedades modernas.

La noción de occidentalización connota las ideas de progreso, civilización y modernización. Occidentalización se emplea, en el lenguaje de las ciencias sociales, como opuesto a estancamiento, atraso y barbarie. Concepto bifronte que sólo arroja luz sobre el presente y el futuro de las sociedades industriales y que mantiene en la penumbra a su contraparte, el fenómeno del pretérito, del atraso, de la tradición. El atraso sólo es conocido por negación, por su diferencia con el desarrollo. Empero, las ciencias sociales y su refinado instrumental sirven para explicar el presente pero no pueden dar razón suficiente de cómo éste logró conformarse.

La relación entre las condiciones que permitieron el desarrollo de las fuerzas de la occidentalización, su expansión a todo el globo, así como las fuerzas que en distintos países apoyaron o rechazaron ese dinámico proceso, está en la base de cualquier análisis sobre las características de la cultura política contemporánea. Aquellas fuerzas que resistieron y/o rechazaron al proceso occidentalizador han sido definidas como populistas o nacionalistas. Esto significa que son experiencias que retrasan el desarrollo, o lo llevan por caminos equivocados tal como en su momento lo señaló Torcuato S. Di Tella. Sin embargo, esas críticas pretendieron olvidar que los fenómenos del nacionalismo y del populismo no se producen *in vitro*, por el contrario, se generan en un mundo de relaciones de poder, competencia, conflicto y que son respuesta puntual, sistemática a los considerandos hegemónicos, al orden imperial establecido. El nacionalismo y el populismo son fuerzas de resistencia e intentos de conformar un orden donde las desigualdades entre los individuos y entre las naciones no conduzcan a escandalosos abusos.

En este contexto, la propuesta política de la difusión de la democracia privilegió la experiencia modernizante, en la que el individualismo funcionaba como eje.

Asimismo se enfatizó la relación presente-futuro. La tesis difusionista hizo tabla rasa del pasado y marginó ponderar el hecho de que la experiencia modernizadora es una constante en nuestro país desde fines del siglo XVIII. La ahora llamada globalización, previamente denominada modernización, ha influido sistemáticamente en la conformación de nuestra nacionalidad y ésta le ha dado respuesta puntual como lo muestra la historiografía especializada en el tema de la soberanía. El nacionalismo es un fenómeno que, entre nosotros, se explica como respuesta a la influencia, presencia y acciones de los estados-nación metropolitanos. La cultura nacional es una respuesta a una cultura que ha pretendido imponer sus valores por diversas vías.

Prescindir de la influencia determinante del proceso de occidentalización y pretender que éste ha surgido o puede surgir espontáneamente como mero reflejo, por admiración de la experiencia occidental o por la buena voluntad de los demócratas occidentales, es velar la explicación de los acontecimientos políticos más importantes, el populismo y el nacionalismo, ocurridos en lo que, una vez, se llamó Tercer Mundo.

A inicios de la segunda mitad del siglo XX, cuando la escuela sociológica estadounidense iniciaba su auge internacional y pretendía haber encontrado la fórmula para evitar la valoración en sus investigaciones, los politólogos, siguiendo el método comparativo se plantearon investigar la cultura política, en su versión democrática, en cinco países. Entre sus variables no incluyeron otras formas de cultura política. El significado que le dieron a ésta pretendía analizar el conocimiento que el sujeto estudiado, el individuo típico, tenía de su nación y de su sistema político, así como de las estructuras y papeles de las élites políticas. También pretendía investigar sobre el conocimiento que el mencionado individuo tenía de los flujos y reflujos de las fuerzas políticas y, por último, el conocimiento de su propia percepción en el marco de su sistema político. Más importante todavía era la orientación, la finalidad que se perseguía, difundir los valores de la democracia y oponerlos a los del autoritarismo. Éste, en nuestro medio, en esos años empleaba el discurso del nacionalismo.

En la etapa que vive hoy la sociedad mexicana se plantea la necesidad de una amplia discusión sobre la obvia contradicción que se presenta entre un discurso modernizador y una práctica que coincide en sus puntos esenciales con el autoritarismo tradicional. La crítica del discurso modernizador sobre los antecedentes inmediatos de la vida política, a los que caracterizó como nacionalismo y populismo, enfatizó sus aspectos negativos, pero no realizó balance alguno sobre sus logros. La

crítica tenía el objetivo de descalificar en forma radical sin explicación alguna sobre cuáles eran las variables que habría que modificar en la cultura política tradicional mexicana.

Se descalificaron los antecedentes, se señalaron los vicios, empero, el estilo de gobernar permaneció inalterable. El uso reiterado de los términos populismo y nacionalismo son muestra evidente de que la modernización liberal pretendió pasar por encima de modernización precedente pero siguiendo, en lo sustantivo, fielmente la misma práctica.

Las comparaciones funestas: atraso/modernidad, democracia/autoritarismo

El método comparativo, como se apuntó arriba, es el más utilizado por los estudiosos del desarrollo político y social. Aparentemente tiene como principal objetivo el análisis de las experiencias modernizadoras en las versiones nacionales de los países industriales. Pero como éstos son apenas una isla en el archipiélago del mundo, ha tenido que ser utilizado para estudiar experiencias simultáneas, coexistentes pero diferentes; así como para analizar el antes, la tradición con el hoy, la modernidad; para distinguir la sociedad industrial, de la agrícola. Es decir, el método ha sido utilizado para explicar no sólo la diferencia sino también para justificar la desigualdad.

En el mundo contemporáneo las ciencias sociales son, fundamentalmente, comparativas, y persiguen el objetivo de establecer analogías y diferencias entre las distintas sociedades desarrolladas. Pero ¿qué se compara? ¿La diferencia? ¿Se busca explicar la diferencia o, por el contrario, se busca eliminarla? ¿Se parte del supuesto de que se seguirán generando diferencias o, por el contrario, de que se eliminarán en función de un desarrollo único?

Preguntarse sobre desde dónde se compara y desde qué perspectiva, es un asunto que planteó problemas no atendidos cabalmente. El método comparativo fue utilizado de dos formas. Una, correspondió a la forma en la que las sociedades anglosajonas, occidentales, observaron, comprendieron a las sociedades no occidentales y la explicación que dieron a las condiciones que generaron el atraso, así como a las fórmulas que establecieron para eliminar las diferencias entre los dos tipos de sociedad. La otra, por el contrario, cambió al sujeto observador. En este caso se privilegió

la perspectiva de la sociedad no occidental, se enfatizó una explicación distinta de la diferencia y se asumieron -dos actitudes. En la primera se adoptó la postura del observador anglosajón, es decir, se supuso que la diferencia sería eliminada. En la segunda, por el contrario, se rechazó la perspectiva anglosajona y se valoró, por medio del nacionalismo, la diferencia.

Los supuestos del método comparativo fueron los siguientes: lo diferente se presenta en función de una identidad previa. Sólo cuando se ha asumido una identidad se pueden establecer las diferencias. El método comparativo sirve, en primer lugar, para conocer la opinión que de sí misma tiene una sociedad y, sólo en segundo término, la opinión que le merece lo diferente. La opinión que de sí mismas tienen las sociedades anglosajonas, tal como queda apuntado, es que su tecnología y su forma de gobierno se han convertido en rasgos que de una u otra forma comparten las sociedades no occidentales.

En síntesis, el método comparativo descansa en el supuesto de un desarrollo lineal de la historia, mismo que, a la postre, legitima una jerarquía. La tesis del desarrollo, por necesidad, coloca a unas sociedades delante y, obvio, otras detrás. Las sociedades industriales son una guía de avanzada que arroja sobre las sociedades atrasadas su estructura, su organización. Éstas, tarde o temprano, reflejarán la misma imagen.

El paradigma, vigente desde hace más de medio siglo, explicó la situación actual de los países industriales y, por negación, definió la situación actual de los países no industriales, los "atrasados". El dualismo modernidad-atraso explicó sólo la primera parte del problema, y dejó al atraso en una condición efímera, condenado por la historia a su desaparición. El "atraso", se suponía, se disolvería ante el contacto de la modernidad. Ésta operaría como un catalizador que desencadenaría las fuerzas que eliminarían los reductos de la tradición.

Las nociones de cambio, transición, así como las pretéritas de evolución y progreso, fueron intentos para explicar la conflictiva relación entre el mundo moderno y el atrasado. La coexistencia entre ambos, las complejas relaciones surgidas entre ellos, sólo fueron descritas en función de la inevitable derrota del segundo a manos del primero. A lo más fueron vistas como las inútiles batallas de un mundo que no por negarse a morir podría evitarlo.

En este contexto, ¿quién dio razón de la tradición? ¿Quién explicó su persistencia, sus valores? Los científicos sólo se interesaron en extender el certificado de

defunción y no por explicar su, en algunos casos, notable salud. Más interesados en los cambios que anunciaban la aurora de la modernidad, más atentos a las señales que la harían presente entre nosotros que en explicar cómo ésta, sobre todo en sus expresiones económica y cultural, imperialismo y civilización eurocentrista, habían sido simultáneamente obstáculo y acicate. ¿Quién se ocupa de la tradición, si las ciencias sociales sólo atienden al desarrollo, a la modernidad?

La cultura política del individualismo

En un ambiente dominado por la influencia de los modelos que hablan de la transición a la democracia y la consiguiente adopción de la cultura cívica, individualismo democrático, como un proceso no sólo necesario, sino además, deseable, preguntarse sobre el valor de otras formas de cultura política, como en el caso de nacionalismo, puede resultar una tarea más de interés arqueológico que un agente catalizador a favor del proceso democratizador ahora tan estudiado. Sin embargo, pudiera tener algún interés distinguir entre la propuesta de lo que los científicos sociales quieren que la sociedad mexicana sea y la propuesta de los valores del nacionalismo y del populismo que, aun hoy día, muchos mexicanos pretenden realizar.

Si a cada estadio de desarrollo corresponde una cultura política, es necesario definir cuál sería ésta en la etapa del nacionalismo y del populismo. Si no se hace así, se corre el riesgo de considerar que la cultura política es única, como pretenden algunos científicos sociales anglosajones, y ésta se corresponde en exclusiva con la cultura cívica del individualismo posesivo.

En el discurso del nacionalismo, el sujeto por excelencia no es el individuo ni su credo. Por el contrario, la nación y el pueblo son consideradas las categorías fundamentales. La evidente dificultad de definir cuál es la célula básica del cuerpo colectivo, el individuo, la nación o el pueblo, y cuál de ellas determina a las otras, es un asunto todavía no resuelto. Precisar si la parte, el individuo, da sentido al todo, la nación o el pueblo, o si, por el contrario, éstos explican y dan sentido a la célula individual, es una cuestión sujeta a debate.

La teoría social enfatiza la importancia del individuo: 'La primera abstracción definitoria de la modernidad social y política consiste en lo que Hegel llamó «principio de la

subjetividad»'. Se trata del nacimiento de lo que conocemos como subjetividad moderna o individuo moderno.¹²

Sin embargo, una cosa es reconocer la existencia de la mencionada subjetividad, y otra muy distinta, en el contexto del binomio atraso-modernidad, es explicar su origen y desarrollo. Louis Dumont, en su lúcido texto *Ensayos sobre el individualismo*, señala que:

El problema de los orígenes del individualismo consiste grosso modo en saber cómo, a partir del tipo general de las sociedades holistas, pudo desarrollarse un nuevo tipo que contradecía esencialmente la concepción común. ¿Cómo fue posible esa transición? ¿Cómo podemos concebir una transición entre estos dos universos antitéticos, esas dos ideologías irreconciliables.¹³

Sin resolver en forma satisfactoria el problema de cómo surge el individuo, cuáles son las condiciones sociales, políticas y culturales que le permitieron nacer y desarrollarse, no se puede lograr un avance significativo en la difusión de lo que se llama cultura cívica, es decir, la cultura del individualismo y sus valores políticos, porque si bien el proceso fue espontáneo en los países donde nació, no puede ocurrir lo mismo en aquellos países en los que se pretende difundir. En éstos sólo existen dos alternativas, por adopción o por imposición.

Ha transcurrido siglo y medio desde que México se declaró, oficialmente, como país liberal, individualista y hoy está, más presente que nunca, el problema de la comunidad indígena, antítesis por excelencia del individualismo. El símbolo de éste, así como su doctrina, ha coexistido entre nosotros con el de la comunidad indígena; y como agente mediatizador el Estado como garante de la difícil coexistencia entre ambos. Alcanzar una síntesis en la que se resuelvan las contradicciones ha sido tarea de la cultura política mexicana.

Los aspectos dogmáticos del liberalismo se basan en la aparición de un sujeto increado, eterno, inmutable: el individuo. Los aspectos históricos son desdeñados y

¹² Manuel Jimenez Redondo. Introducción al texto de Jürgen Habermas, *Más allá del Estado nacional*: FCE, México, 1999, p. 9.

¹³ Louis Dumont. *Ensayos sobre el individualismo*: Alianza Universidad, Madrid, 1987, p. 37.

la teoría lo define, dogmáticamente, como base y fin de la organización social. El contraste entre los principios teóricos con la historia arroja una visión contradictoria en la que el individuo aparece tardíamente. Es el último actor en aparecer en la escena.

Nacionalismo y populismo: ¿productos de la modernidad o fantasmas del atraso?

Al no ser el atraso y la modernidad etapas sucesivas, sino procesos simultáneos, el conflicto es la característica obligada de la contemporaneidad, ya que si bien la teoría apunta a una dirección única, la realidad ofrece experiencias menos definidas. Esa es, tal vez, la razón por la que el problema del nacionalismo despierta actitudes tan encontradas, y sus caracterizaciones resultan tan contradictorias.

Los estudiosos anglosajones del nacionalismo olvidan que éste no es un experimento que se produce en un laboratorio y que, por el contrario expresa un conjunto de relaciones de poder, que plantea desafíos a éstas argumentando en la necesidad de dar fin a la desigualdad manifiesta que existe tanto al interior de la sociedad, como en las relaciones entre los diferentes Estados.

Al menos, desde la perspectiva mexicana, el nacionalismo no puede ser visto única y exclusivamente como un proyecto orientado a resolver las contradicciones internas; éstas también expresan las tensiones producidas por la desigualdad existente en el contexto internacional.

Algunos estudiosos, sin embargo, privilegian lo que ocurre al interior de la sociedad misma. Tal fue el caso de Gellner cuando afirmó:

El engaño y autoengaño básicos que lleva a cabo el nacionalismo consisten en lo siguiente: el nacionalismo es esencialmente la imposición general de una cultura desarrollada a una sociedad en que hasta entonces la mayoría, y en algunos casos la totalidad, de la población se había regido por culturas primarias. Esto implica la difusión generalizada de un idioma mediatizado por la escuela y supervisado académicamente, codificado según las exigencias de una comunicación burocrática y tecnológica módicamente precisa. Supone el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal, con individuos atomizados intercambiables que mantiene unidos por encima de todo una cultura común del tipo descrito, en lugar de una estructura com-

pleja de grupos locales previa sustentada por culturas populares que reproducen local e idiosincrásicamente los propios microgrupos. Eso es lo que ocurre realmente.¹⁴

Peter Worsley, por su parte, definió al populismo como idioma rural en un mundo moderno. Worsley apunta que para los ideólogos de los nuevos estados emergentes africanos consideraban que sus sociedades, antes de la aparición de la influencia del mundo euroamericano, eran homogéneas y peculiarmente *solidarias*.

Todos los nacionalismos, desde luego, incitan fraternalmente a la comunidad en su retórica, aun cuando, en la realidad, las divisiones profundas de clases y de otros tipos tasajeen a la 'nación'.¹⁵

En este contexto, la afirmación de Benedict Anderson de que el nacionalismo surgió antes en el Nuevo Mundo, y no en el Viejo: "Es señal asombrosa de la profundidad del eurocentrismo el que tantos sabios europeos persistan, contra toda evidencia, en considerar al nacionalismo como una inserción europea,"¹⁶ refleja con claridad el hecho de que el nacionalismo es el resultado del intento de modificar el orden establecido por las potencias imperiales.

Establecer si el nacionalismo es, como quiere Gellner, un producto de la modernidad o si, como afirma Anderson, una experiencia anterior a ella, resulta significativo, puesto que si el nacionalismo es producto de la modernidad, uno de sus elementos fundamentales, no se explica cómo puede ser éste considerado un fenómeno político o una experiencia negativa.

John Dunn apunta lo siguiente:

El nacionalismo es la vergüenza política más completa del siglo XX, el baldón de más hondo calado en la historia política del mundo desde el año 1900, el más difícil de tratar y, a la vez, el más difícil de prever. Pero también es el tejido mismo del sentir político

¹⁴ Ernst Gellner. *Naciones y nacionalismo*: Conaculta/Alianza, México, 1991, p. 82.

¹⁵ Peter Worsley. *El tercer mundo. Una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales*: Siglo Veintiuno Editores, México, 1972, p. 157.

¹⁶ Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*: FCE, México, 1997, p. 265.

moderno; la actitud política más extendida, la más irreflexiva e inmediata de todas, por lo menos entre las poblaciones alfabetizadas del mundo moderno.¹⁷

Resulta evidente el hecho de que los estudiosos al poner énfasis sólo en los aspectos negativos del fenómeno nacionalista lo descontextualizan. El nacionalismo es una postura de una comunidad, o de comunidades, frente a otras comunidades. La cultura política del nacionalismo se refiere a las relaciones de mando y obediencia que existen no entre los propios individuos de una comunidad nacional, sino a las relaciones que existen entre comunidades nacionales. Y si el nacionalismo, referido sólo a las relaciones al interior de la sociedad nacional, reclama igualdad entre sus miembros, del mismo modo la exige cuando se refiere a la comunidad internacional. El nacionalismo, en los países atrasados, es tanto una postura que ofrece a los miembros de su propia comunidad identidad e igualdad, como una postura, defensiva, ante otras comunidades.

Lo que se discute en realidad es si el nacionalismo, producto de la modernidad, es ahora, igual que el populismo, una vía equivocada para acceder al desarrollo. ¿El nacionalismo es una fuerza que retrasa el desarrollo único, internacional? ¿Es el nacionalismo una fuerza, como quiere Gellner, del futuro, que se proyecta sobre el pasado? O, por el contrario, es una fuerza del pasado que quiere impedir el triunfo del futuro, del desarrollo único, universal.

El discurso nacionalista. ¿Asalto a la modernidad o asalto a la tradición?

El método comparativo y su énfasis en las categorías metropolitanas, etnocéntricas, ayudó a construir una imagen peyorativa de nacionalismo. Éste quedó reducido a las imágenes *chabacanas de la cortina de nopal*, indígenas irredentos, líderes *charros*, etcétera. Se le desposeyó de la carga ideológica que justificaba el enfrentamiento con los países metropolitanos; asimismo se le desposeyó de su violenta crítica contra los supuestos beneficios de la occidentalización. La crítica anticolonialista de hecho no

¹⁷ John Dunn. *La agonía del pensamiento político occidental*. Cambridge University Press, 1990. p. 90.

fue respondida, simplemente se le dejó al margen como si se tratara de un fenómeno sin importancia.

¿Cultura política nacional o cultura política universal? ¿O, cultura política de la democracia y cultura política de sus rivales? Si el desafiante era un opositor con la fuerza suficiente para proponer un orden alternativo, como lo fueron el socialismo y fascismo, se les calificaba de totalitarios. Si, por el contrario, eran rivales que buscaban un cierto acomodo para acortar la brecha entre los modernos y los que querían modernizarse, entonces el apelativo era nacionalistas o "populistas". Al desafío que surgía dentro de la modernidad misma, comunismo y fascismo, se le dio un enfoque más dramático que al desafío que surgía desde el atraso. A éste se le enjuiciaba desde el tribunal de la modernidad, al primero se le declaraba en cambio como enemigo mortal.

Ninguna otra idea como la del nacionalismo exige la idea de igualdad. Si bien ambas nacen en forma casi simultánea, con la Revolución francesa o derivada de ella, en naciones como la nuestra el llamado a la igualdad se refiere a la igualdad con los extranjeros. La igualdad ante los connacionales es un asunto que no se resuelve de esa manera, que no se atiende con la misma urgencia.

El nacionalismo es una doctrina de integración, denuncia que la fragmentación debilita y, en consecuencia demanda la formación de una sociedad integrada, igualitaria, cohesionada, que cumpla la función de soldadura, cemento, catalizador de fuerzas que eviten la acción de las fuerzas centrifugas.

Se ha dicho que el discurso nacionalista es falaz, que es un recurso ideológico que individuos gobernantes emplean para adormecer a las masas. Pero es un discurso que obedece a una determinada etapa de desarrollo, industrializadora, y, como consecuencia de ello, ofrece posibilidades de igualdad, educación, integración. No es un proceso que descansa en individuos carismáticos, sino en exigencias de una sociedad en crecimiento, que requiere dar una respuesta a la competencia.

¿Cómo es la cultura política del atraso? ¿Quién la explica? ¿Cómo se explica el conflicto en la tradición? El *Antiguo régimen* descrito por Tocqueville corresponde al pretérito de las sociedades modernas, democráticas. ¿Pero cuál es el *Antiguo régimen* de las sociedades que hoy día no pueden ser consideradas modernas. Es acaso su presente? ¿El *Antiguo régimen* de las sociedades democráticas es idéntico al régimen actual de las sociedades atrasadas? El autoritarismo del régimen magistralmente estudiado por el célebre francés, su sistemática exclusión de los sectores populares, no

puede ser comparado en forma alguna con los regímenes que se sustentaron en el nacionalismo. En éste el pueblo ya conformaba el poder controlador:

Con el populismo, la necesidad de ganarse la adhesión de las masas se convierte en un programa que, en un nivel imaginario, coloca dichas masas —al pueblo— al centro de la nación y del Estado.¹⁸

La ciencia política ha tratado sistemáticamente no de explicar, sino de denostar las experiencias autoritarias. Éstas han tenido, en mi opinión, dos objetivos bien definidos. La primera de ellas ha representado un desafío al orden vigente. La segunda ha tratado de establecer una vía corta al desarrollo. El primer objetivo sólo es posible desde el desarrollo mismo, por eso se produjo en países desarrollados. El segundo se produce en circunstancias de atraso. Caso especial lo representó el comunismo, puesto que persiguió en forma simultánea los dos objetivos señalados. Representó tanto un desafío al *statu quo* como una fórmula para romper la estructura del atraso.

Sin referencias al contexto vigente, a la circunstancia en la que se produce, puede ser interpretado como resultado de una anomalía o de una patología. Sueño de un megalómano enfermo de poder o de una sociedad que voluntariamente se abandona en brazos de un dirigente.

La democracia y el autoritarismo como fenómenos del siglo XX se caracterizan por la apelación a la participación política popular. En el primer caso a través de un proceso de ciudadanía, individualización; en el segundo, a través de organismos corporativos, de intermediación, tales como el partido único y el sindicato. Los fenómenos autoritarios sin participación popular, en el siglo XX, son desconocidos. No es posible encontrar casos en los que la élite, la vanguardia, no apele directamente como última forma de legitimación al pueblo, a la historia que, a la postre, permitirá al pueblo reconocer la justeza del liderazgo vanguardista.

Las formas de participación política mediante instancias intermedias son consideradas o como anomalías del desarrollo, como fueron el fascismo y el nazismo, o como situaciones previas al desarrollo, el populismo y el nacionalismo.

¹⁸ William Rowe y Vivian Schelling. *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*: CONACULTA/Grijalbo, México, 1993, p. 181.

El modelo cultural del nacionalismo

El modelo cultural del nacionalismo cumplió dos funciones. Una, al señalar la necesidad, la urgencia de los cambios, fue una denuncia contra lo atrasado, lo arcaico, y una demanda, un programa, para superar los obstáculos. Otra, cultural, buscó establecer una vía alterna, nacional, a la tradicional trazada por el liberalismo que impedía el proceso de industrialización. Esta última postura fue una propuesta tanto cultural, intelectual, como política.

El nacionalismo aparece como un componente fundamental en las experiencias antiliberales, es decir antiimperialistas. Es antiindividualista, corporativo; pese que se le acusa de cerrado, su perspectiva es global; divide al mundo en sociedades nacionales, éstas compiten entre sí, luchan, resisten, se defienden, pugnan por ampliar su margen de maniobra, por ampliar su esfera de influencia.

La competencia es entre naciones no entre individuos, la igualdad entre aquéllas y no entre éstos, es su objetivo. Excluye la competencia entre sus miembros, en cambio, radicaliza la competencia entre naciones. En lo interno, la competencia es transformada en solidaridad, en cooperación entre las partes. Excluye el beneficio individual y lo ataca como elemento insano para el cuerpo social. La nación antecede al individuo, éste se explica mediante aquélla y no a la inversa como en el liberalismo.

El nacionalismo fue una crítica a los proyectos cosmopolitas, internacionales, planetarios; se orientó en contra del *statu quo*. Representó una alternativa, una propuesta de cambio, por esa razón, puede ser interpretado como un movimiento para superar el atraso y no como un obstáculo para lograr el desarrollo como ahora pretende hacernos creer el discurso oficial.